

Del lado de la vida

(Milleriana)

Anaïs Nin y Henry Miller¹

«**E**n una muchedumbre hubiera podido pasar inadvertido. Era esbelto, flaco, no alto. Tenía aspecto de monje budista, un monje de piel rosada, con la cabeza, calva en parte, aureolada por cabellos plateados y vivaces, y unos labios gruesos y sensuales. Sus azules ojos son fríos y observadores, pero su boca es emotiva y vulnerable. Su risa es contagiosa, y su voz acariciadora y cálida como la de un negro». Así describe Anaïs Nin por primera vez a Henry Miller en las páginas iniciales de su diario de 1931-1934. Había llegado a su casa de Louvenciennes, a finales de 1931, con la expectativa de un buen almuerzo. Nin, que tenía entonces veintiocho años, estaba casada con el escocés Hugh Parker Guiler, banquero y hombre culto; Miller estaba entrando en la cuarentena. Anaïs Nin vivía cómodamente, una vida sensible y burguesa, pero alterada por una honda insatisfacción e inquietud. Por su parte, Miller vivía casi en la calle, dependiendo siempre de los préstamos de amigos y conocidos, tratando de sobrevivir y ser escritor, en un mundo residual, nocturno, caótico, vivo. Ambos tenían un pasado lo suficiente rico en traumas y experiencias diversas (sobre todo Miller) como para poder entretenerse. Anaïs escribía un diario secreto que ya entonces tenía muchos centenares de páginas; Miller escribía prosas informes que enseñaba a todo el mundo. Estaba convencido de su genio, pero aún no había conseguido escribir un libro que valiera la pena. El idilio y la amistad que duraría, entre ambigüedades, ausencias y mal entendidos, unos diez años lo primero y toda la vida la segunda, había comenzado.

La publicación de esta antología de la correspondencia de ambos llevada a cabo por Gunther Stuhlmann en 1987 (quien prologó también el diario de Anaïs Nin), cambia la imagen que teníamos de esta pareja, ya que ni en las cartas de Miller publicadas anteriormente ni en el mencionado diario, como tampoco en los libros de Perlès o Brassai referidos a Miller, se cuenta la dimensión de esta relación. La causa, huma-

¹ Correspondencia, *Anaïs Nin y Henry Miller*. Traduc. de Juan Antonio Masoliver Foix, Editor: Gunther Stuhlmann. Ediciones Siruela. Madrid, 1992.

na y de carácter más psicológica que lógica, fue que Anaïs Nin no quería dañar a su marido, Hugh (Hugo), el único hombre con el que estuvo casada, aunque desde su primer amante, cuando ya ambos vivían en París, (John Erskine), los otros hombres y algunas mujeres, ocuparon una presencia pasional en su vida. Hugh Parquer falleció en 1985 y esto permitió que la vida se pudiera encontrar, no en el terreno de los hechos, sino en el de la literatura: las cartas de una y de otro se publicaron (una décima parte, tal vez) como testimonio de la formación literaria de ambos al par que como documento, de gran valor, de una relación amorosa de dos escritores que nunca llegaron a vivir juntos.

El compositor español Joaquín Nin, padre de la escritora, se había separado de su mujer en 1914. La familia Nin se marchó a Estados Unidos y Anaïs comenzó una larga carta dirigida a su padre que se fue convirtiendo en el voluminoso diario que le ocuparía toda su vida. Acercamiento, seducción y poco a poco revelación de sí misma. La búsqueda del padre resultó la búsqueda denodada de los otros. Su padre tuvo algo de Don Juan, rasgo que durante un tiempo también caracterizó a la escritora: búsqueda constante, sin fijación definitiva en nadie; quiero decir, sin que pudiera satisfacer su necesidad de reconocer y reconocerse en una persona. No sabemos qué buscaba Joaquín Nin, pero es obvio que la escritora imitaba a su padre, era una forma de seguirle, de recuperarle. Anaïs se reconcilió con su padre en 1932; pero el conflicto «edipiano» no se resolvería en esta aceptación mutua de la madurez. De hecho, dos personas al menos, sustituyeron al padre, los doctores Allendy y Otto Rank, médicos con los que se psicoanalizó, trabajó y amó durante un tiempo (alternó con su amor por Henry Miller...). Mujer fascinada por la aprensión y expresión sensible del mundo, estaba al mismo tiempo desgarrada por un poso de insatisfacción. De ahí esa tentativa de comprensión del mundo amoroso, sexual, de la obra de D.H. Lawrence: *A unprofessional study*, libro que fue tema de constante discusión, en los primeros tiempos, entre ella y Miller. Anaïs, tal vez con mayor razón, vio la fuerza casi mística de las pasiones, la búsqueda en Lawrence de un mundo anterior a las ideas: su búsqueda del erotismo era poética, un descenso a lo primero; Miller, por su parte, estaba más interesado en otorgar a la sexualidad libertad, criticando el puritanismo y la cobardía frente al mundo privado y su expresión literaria. En la obra de Miller no hay erotismo y su sexo carece de la verdadera pasión: aquella que enlaza y revela; estaba preocupado por legitimar la sexualidad no por expresar su misterio. Era, en este sentido, como en muchos otros, un moralista, en el alto sentido de la palabra. Un moralista paradójico, contradictorio. Por otro lado, creo que siempre tuvo algún recelo frente a la sexualidad femenina: cierta inseguridad ante el placer de su pareja, como si éste fuera el signo de su infidelidad. «Las mujeres mienten», repite varias veces en estas cartas. Ciertamente, no encontró mujeres muy transparentes, pero imagino que él buscaba, de alguna manera, esa parte evasiva e irreductible, incomprensible, de mujeres como June o Nin, tocadas un poco por un carácter histérico. Creo que Nin, sin que terminara de acertar en su estudio, estuvo más cerca de comprender

a Lawrence. Por otro lado, Miller veía las debilidades del hombre que había escrito *El amante de Lady Chatterly*, y vitalista como era, las censuró. Digo esto, no porque pretenda examinar la infinidad de temas que tocan en sus cartas, sino porque me parece significativo del mundo de ambos escritores.

Las cartas, de muy distinto valor, como resulta lógico en este género literario cuyo principal motivo es la comunicación, muestran la profunda creencia que ambos tenían en sus incipientes obras. Miller parece, en ocasiones, que estuviera escribiendo toda la literatura del siglo veinte, él solo. Despierta nuestra simpatía, pero al mismo tiempo, nuestro desdén. Escribía de manera torrencial, tan cargado de vida que no podía contenerla en los límites de un libro: histeria de vivir y de expresarse, pero también, una profunda pasión por la vida, por el saber que puede ser una sabiduría. En ocasiones, esta torrencialidad produjo varias de sus mejores páginas; en otras, cansa por lo desprolijo. Anaïs Nin le ayudó, en este período inicial (marcado por los *Trópicos*) a dar forma a ese magma de indudable valor. Debo añadir que fue uno de sus atractivos: una literatura ensayística, sin sujeción a preceptivas ni a géneros. De esta forma consiguió algunos momentos de gran capacidad narrativa. Esos momentos necesitan una nueva antología. Hoy día resulta difícil releer completas varias novelas de Miller sin saltar muchas páginas; pero también es cierto que muchas de las páginas que escribió son de las más vivas que se han escrito en este siglo. Miller consiguió expresar un mundo vivo: vio y tocó este mundo y supo decirlo, aunque se podría decir que le faltó autocritica. Como lector, Miller fue realmente intuitivo al comprender el valor del diario de Anaïs Nin: lo defendió ante editores y escritores, escribió varios ensayos apasionados, colaboró económicamente para que se pudiera editar, etc. En su entusiasmo llegó a decir que esos volúmenes ocuparían un sitio junto a las obras de San Agustín, Abelardo, Proust... Profetizar es difícil, pero creo que no erró al pensar que ese era su gran libro y que sería un diario leído con entusiasmo e interés en muchas lenguas. Ciertamente, el *Diario* es un testimonio de gran valor, no sólo de la mujer singular, sensible e inteligente que fue Anaïs Nin, sino del mundo artístico y literario de París y Nueva York, principalmente. Aunque Nin estaba muy preocupada por sí misma, no fue en absoluto ajena al mundo de los otros: en sus multitudinarias páginas encontramos análisis, comentarios, anécdotas y retratos perspicaces de obras y personas que fue conociendo a lo largo de su vida. Como todo diario, en ocasiones resulta repetitivo, o bien su inevitable vocación fragmentaria nos marea; pero destaca el valor literario y testimonial de un mundo privado rico y un mundo exterior vasto, visto siempre con una reveladora cercanía.

La correspondencia Anaïs/Henry puede leerse como una novela amorosa escrita, como la célebre obra de De Laclos, epistolarmente: hay incluso un planteamiento que rápidamente se enciende en páginas apasionadas, distensiones, sospechas, críticas, idas y venidas de la pasión amorosa y, finalmente, la lenta e inevitable disipación de una relación que nunca llegó a materializarse del todo; que siempre fue vivida como amantes, no porque los separaran ríos y montañas, ni países, tampoco capuletos y montes-

cos, sino, quizás, la intuición de sus propios límites. Tal vez, esto permitió que durara ese tiempo: la distancia y los celos espolean, encienden, y lejos de engañar, permite a los enamorados una mayor comprensión y valoración del otro. La no convivencia no es engaño, como a veces se pretende, sino otro modo de entender una relación. Encontrar la distancia adecuada es tan importante en literatura como en la vida cotidiana. No creo que Miller y Nin lo consiguieran ni fuera su propósito; en realidad siempre estaban tratando de transformar una distancia que más que elegirla se les imponía. Anaïs no podía dejar a su marido, a pesar de estar enamorada de Miller (ella, la sensible y romántica), por miedo a la inseguridad económica. Ciertamente esto era algo más complicado: había una extraña deuda, aparte del amor que le tuviera, con Hugh, una fidelidad que iba más allá de su marido y que se internaba en la relación con su padre. Miller le habló incluso de casarse, pero cuando ambos parecían que ya habían alcanzado el humor y el saber suficiente para convivir, estaban demasiado lejos de «Louven-ciennes». «Probablemente, escribe Anaïs en la última carta suya que cierra este libro, si *entonces* hubiera tenido el sentido del humor que hoy tengo y tú las cualidades que hoy tienes, nada se habría deshecho». La palabra clave, el drama del tiempo, es ese *entonces* subrayado. Aunque muchas de estas cartas son pasionales y expresan el deseo que ambos tenían el uno del otro, no creo que pueda decirse que son cartas de amor muy exaltadas: a ambos les falta ese verdadero desvelamiento por el otro que caracteriza la pasión amorosa. Pero esto que digo quizá sea demasiado arriesgado y roce la frivolidad. No quiero decir que no hubiera deseo, generosidad, incluso sacrificio (por parte de Anaïs Nin). Ambos escritores estaban enamorados realmente de sus libros, del proceso de su escritura, y las palabras de mayor admiración están referidas a los escritos de ambos: ese parece ser el gran tema, aunque no el único: una relación mayéutica. Meditación sobre el amor, sus sufrimientos y controversias, estas cartas penetran en la dificultad de cualquier relación humana signada por la atracción mutua, es decir, una relación donde haya un compromiso más allá del intercambio de ideas o del trato civilizado donde no se pone en juego la propia subjetividad, a los propios sujetos.

Un puente y un recuerdo

El puente de Brooklyn fue el eje simbólico de la vida de Henry Miller, la columna horizontal de su iniciación, el paso del caos de su infancia al espacio de su trascendencia, es decir: el mundo literario. Pocos escritores de este siglo han querido de manera tan evidente y en ocasiones tan dramática ser escritor. De hecho fue uno de los temas principales de varios de sus libros y el enganche de muchos lectores que también tenían —o tienen— veleidades con la ordenación de las palabras... Otro de los temas fue el mismo Miller como lector, incluso llegó a escribir un curioso libro, por momentos magnífico, sobre la importancia de los libros en su vida. Felizmente sus lecturas fueron poco académicas. Leyó regido por el azar y el instinto de

sus elecciones. Leía, podríamos decir, de manera analógica. Hijo de un barrio judío de Nueva York, sentía una gran admiración por las lenguas. No es que él fuera políglota; apenas se entendía en alemán (un idioma de familia) y aprendió el francés tardíamente. Pero tenía debilidad por la gente que habla lenguas exóticas.

La correspondencia de Lawrence Durrell/Miller produce una gran exaltación vital e intelectual. Difícilmente encontraremos una dosis tan alta de ambas cosas en otras correspondencias. Ambos tuvieron una relación distinta con sus obras. Durrell fue reservado, criptico en ocasiones, con tendencia a desaparecer en la geografía. Esto tal vez le venga de sus orígenes transfugas. Nació en la India y fue educado en Dajeerin college y Canterbury college, pero también vivió en Alejandría, Grecia, Londres, París, Francia (Provenza). Miller, aunque en algún período no concedió entrevistas, estuvo muy cerca de la publicidad. Se había convertido en un mito y había peregrinaciones en los años sesenta a Big Sur para conocerle. La fama lo denigró un poco (la fama es equívoca, decía Borges también). La causa de esta mitificación fue algo ingenua y, en parte, debido a la identificación que muchos lectores hicieron del «Henry», personaje de sus obras, y el Henry Miller hijo de las glorias del tiempo y sus ignominias. Yo tampoco me libré de esta fascinación por esta fusión romántica e hice algunas excursiones fetichistas por París y Nueva York. Sin embargo, no tuve la suerte de conocerle, ni siquiera le vi de lejos. No obstante —más literariamente— estuve en Villa Seurat, en la Western Union Telegraph Company (entre la quinta avenida y la calle veintidos) donde trabajó cuando estaba casado con su primera mujer, y por último, en la calle y casa de sus primeras aventuras en este mundo, allá en el sórdido Brooklyn.

Haré *millariana* y lo contaré. Fue un día de invierno de 1979, al finalizar el año. Había nevado semanas atrás y aún se podía ver en las aceras la nieve acumulada, ya algo sucia, como pisada por el tiempo. Mi mujer y yo bajamos andando desde la calle treinta hasta *down town* y una vez allí cruzamos muy lentamente el Brooklyn Bridge. Por un momento, excusadme, yo era Henry Miller mientras, detenido en el centro del puente, veía pasar las lentas aguas heladas del Hudson. Recordé que el Miller de los años veinte estaba escindido entre lo que había sido y lo que sería. Una conciencia lancinada en el desconcierto de sus deseos y negaciones. Ciertamente, como él se encargó de remachar en *El tiempo de los asesinos*, tenía algo del Rimbaud adolescente. Rememoro la caminata por el barrio de Brooklyn a quince grados bajo cero bajo un sol tísico. A un lado y a otro, edificios como pavesas después del incendio, botellas rotas, latas de conservas vacías, hojas de periódicos, tablas, hierros oxidados, piezas de coche, charcos y grasa. De vez en cuando algún coche se deslizaba lentamente. No parecía haber nadie habitando ese mundo. De pronto, al volver una esquina, sentimos el calor de algunas calles inusitadamente populosas: letreros en hebreo, trajes y sombreros negros en los escaparates, hombres con patillas largas a modo de trenzas. Había animación en este lugar (era domingo) y la gente caminaba de un sitio a otro, como si de pronto alguien hubiera dado cuerda a todo aquello. A varias calles